Comprensión hermenéutica y traducción: una lectura de *Verdad y Método* de Hans Georg Gadamer

Elena Odriozola,
Nilda Venticinque.
Universidad de Buenos Aires,
IES en Lenguas Vivas "J. R. Fernández"

Introducción

Desde el conocido precepto de Cicerón de no traducir *verbum por verbo*, en el año 46 a.C., la reflexión acerca de la praxis de traducir ha recorrido un camino de más de dos mil años. Pese a estos dos mil años de reflexión, no parecería ser posible lograr un consenso unívoco en la comunidad de traductores frente a la cuestión de la traducción que se sintetiza en la dicotomía fidelidad-libertad. Tal vez podría postularse que algunas preguntas que nos hemos formulado respecto del acto de traducir no son las más adecuadas y que, buena parte de los intentos de respuesta revelan un sesgo en exceso prescriptivo. Porque, cuando hablamos de si en la traducción ha de primar la fidelidad o la libertad, ¿a qué nos referimos? ¿Fidelidad a qué: a la forma, al sentido, al modo de significación, a la intención del autor, a la intención del texto fuente? Y con respecto a la libertad, ¿cuánta es la libertad "aceptable" y cómo se mide su grado? ¿Se supone, acaso, la existencia de una supraconciencia ahistórica, capaz de juzgar el grado de identidad entre el sentido liberado de materia, entre la "palabra del espíritu" y las palabras particulares que dan cuerpo a una traducción dada? Ese enfoque dicotómico en torno al cual ha girado buena parte de la reflexión deja de lado cuestiones fundamentales a las que no ofrece respuesta, y en cambio se centra en cuestiones prescriptivas que en nada esclarecen el hecho concreto de cómo ha sido posible la traducción en la historia del hombre.

Proponemos, entonces, volver la atención a las condiciones de posibilidad de la traducción y, en ese aspecto, consideramos que la comprensión en tanto momento fundante y constitutivo de la traducción constituye un tema ineludible.

La comprensión, sin duda, ha sido objeto de estudio de las más diversas disciplinas. En este trabajo, abordaremos el tema desde la perspectiva de la corriente hermenéutica, en la obra paradigmática de Hans-Georg Gadamer, *Verdad y Método*. Presentaremos en forma muy suscinta algunas visiones elaboradas por pensadores del siglo XIX, que se encuentran en la génesis de esta corriente, para luego abocarnos con mayor profundidad a los conceptos centrales que Gadamer desarrolla en *Verdad y Método*. Por último, y a la luz de nuestra interpretación de esos conceptos, expondremos algunas conclusiones en relación con la práctica de la traducción.

Hermenéutica y lectura

El texto escrito no es inmediatez en el mundo, es una creación espiritual llevada a cabo en el pasado que necesita de un espíritu que lo descubra y medie; los griegos llamaron a ese espíritu Hermes, el mensajero de los dioses. La tarea hermenéutica está dirigida a salvar distancias, a reparar una pérdida; frente al sentido de extrañeza provocado por el texto, por su distancia espacial, temporal o cultural, se plantea la necesidad de la reflexión hermenéutica.

En el siglo XIX, Schleiermacher proponía salvar esa distancia que debe ser salvada reconstruyendo la determinación original de una obra. Comprender una obra implicaba para él reconstruir el mundo en el cual se generó, la intención original de

su autor. Lo natural y original de la obra de arte se pierde cuando las obras entran en circulación, pues parte de su comprensibilidad radica en su determinación original. En *Methoden des Ubersetzens*, Schleiermacher postula que todo discurso debe ser percibido en una doble dimensión: como expresión del espíritu de la lengua de cuyos elementos está compuesto y como producto de las emociones y sentimientos de su autor, como una acción que sólo podrá ser explicada a partir de la idiosincracia de ese autor. Un discurso sólo se comprenderá, entonces, cuando ambos aspectos se perciban en su relación mutua. Ahora bien, ¿cómo es posible lograr penetrar en la subjetividad del otro? Para Schleiermacher, cada individualidad no es más que una manifestación del vivir, y es por referencia a ese vivir que subyace a las individualidades que será posible transformarse en el otro. Esta relación del todo y las partes constituye un rasgo básico y esencial de la comprensión: en el aspecto objetivo, la relación se dará entre palabra, frase, oración e incluso, cada una de esas partes deberá relacionarse con la totalidad de la obra. La relación todo-partes, en el plano de la subjetividad, llevará a pensar el texto como manifestación de un momento creativo que pertenece al conjunto de la vida anímica de su autor. Sin embargo, Gadamer señalará que toda reconstrucción de lo pasado, toda búsqueda de restitución del proceso originario de producción, dada la historicidad de nuestro ser, no es más que una tarea imposible.

Comprensión e historicidad

A partir de la formulación *heideggeriana* del comprender como la "forma originaria de realización del estar ahí, del ser-en-el-mundo", la comprensión adquiere una dimensión universal. Ser es comprender y cuando comprendemos una cosa dada, nos comprendemos a nosotros mismos. Quien comprende un texto, se proyecta a sí mismo, y en esa comprensión libera su espíritu de la servidumbre a la letra. ¿En virtud de qué es posible la comprensión, según Heidegger? Ya no se trata aquí de la homogeneidad de conocedor y conocido, sino que la adecuación es posible porque ambos comparten la peculiaridad de su modo de ser: la historicidad.

La distancia en el tiempo

El romanticismo concebía la comprensión como reproducción. El autor debía ser comprendido mejor de lo que él mismo se comprendía. Sin embargo, señala Gadamer, si bien la comprensión ulterior posee una cierta superioridad, no se trata aquí de comprender mejor, sino más bien de comprender de un modo diferente. Cada época entiende los textos transmitidos de un modo particular. El sentido de un texto no depende de su autor ni de su público original, dado que ese sentido está determinado también por la situación histórica del intérprete. Así, el sentido de un texto supera siempre a su autor, porque la comprensión no es nunca meramente reproductiva sino que siempre produce.

En la concepción de Gadamer, el tiempo deja de ser, como en el romanticismo, una distancia que deba ser superada: ya no es un abismo, sino que la distancia está

cubierta por la continuidad de la tradición. No hablamos de instantes discretos en el tiempo, el allá y entonces en el que se creó la obra y el aquí y ahora de la comprensión; más bien, son momentos de un continuo. La distancia temporal produce dos efectos: evita la interferencia de los propios intereses sobre el objeto, pero sobre todo permite que se exprese el verdadero sentido que hay en las cosas. No obstante, el sentido de un texto no se agota sino que su construcción es un proceso inacabable, nunca concluido, siempre renovado, porque siempre pueden aparecer nuevas fuentes de comprensión que nos guíen en formas antes desconocidas. Los tiempos diferentes de las culturas y la evolución permanente de las lenguas pueden hacer comprensible hoy a lo que ayer se resistía a nuestra interpretación.

Historia efectual

El efecto de los fenómenos históricos o las obras que nos llegan del pasado sobre la historia misma es la *historia efectual*. Tener conciencia de esa historia efectual es antes que nada tener conciencia de la situación en y desde la cual comprendemos, esto es, de la situación hermenéutica. Adquirir una conciencia objetiva de la situación es una tarea que nos está vedada porque estamos inmersos en ella y no frente a ella. Esa imposibilidad es consecuencia de nuestro modo de ser en el mundo: somos seres históricos, incapaces de *sabernos*.

Vinculado estrechamente al concepto de situación, surge el concepto de *horizonte*: todo cuanto encierra nuestra mirada desde un punto dado. Ahora bien, cuando intentamos comprender un texto desde el lugar y el tiempo en que tuvo origen, lo que estamos tratando de hacer es captar el horizonte en el cual se gestó. Quien busca comprender de esa manera se sustrae a la posibilidad de construir un posible *consenso*, renuncia a la pretensión de encontrar en ese texto algo que pueda ser relevante y pertinente para él mismo. Entonces, cabe preguntarse si es adecuado hablar de dos horizontes diferentes, cerrados e inconmensurables. Un relativismo absoluto de esa clase implicaría la imposibilidad de la traducción. Gadamer señala que los horizontes cerrados que cercan a las culturas no son más que abstracciones: los horizontes se desplazan junto con quien se mueve. Cuando nos desplazamos hacia el horizonte de otro, no nos trasladamos a mundos ajenos sin vinculación con el propio: todos los mundos forman el gran horizonte de nuestra conciencia. ¿En qué consiste ese desplazamiento? Según Gadamer, "si uno se desplaza a la situación de otro hombre, uno le comprenderá, esto es, se hará consciente de su alteridad, de su individualidad irreductible, precisamente porque es uno el que se desplaza a su situación. Este desplazarse no es ni empatía de una individualidad en la otra, ni sumisión del otro bajo los propios patrones; por el contrario, significa siempre un ascenso hacia una generalidad superior, que rebasa tanto la particularidad propia como la del otro".[1]

1- *Verdad y Método*, vol. I, p. 375.

Círculo hermenéutico

La interpretación comprensiva se realiza en forma circular. La regla hermenéutica fundamental, que procede de la retórica antigua, indica que el todo debe entenderse desde lo individual y lo individual desde el todo. La anticipación del sentido que involucra la totalidad se convierte en comprensión cuando las partes que resultan definidas desde el todo definen a su vez ese todo. A partir del primer sentido que el texto muestra, se proyecta un posible sentido del todo. A través de círculos concéntricos, elaboramos el proyecto de sentido que será permanentemente contrastado con el texto mismo y revisado a la luz de lo nuevo a medida que acontece la lectura. Por supuesto, cabe la posibilidad de que la cosa refute las opiniones previas, entonces el proyecto deberá ser reformulado y contrastado y convalidado nuevamente. En este permanente movimiento entre el texto y quien comprende se lleva a cabo la tarea de la comprensión.

¿Cómo proceder frente al texto con respecto a nuestros juicios previos a la lectura, nuestras opiniones de contenido y conocimientos? La tarea es no introducirlos en forma acrítica, lo cual no es sencillo dada la resistencia que opone su naturaleza inconsciente. No obstante, no podríamos prescindir de ellos, dado que constituyen nuestra *precomprensión* de esos textos. Sin opiniones previas y prejuicios, la comprensión no es posible: la pretensión de borrarlos implicaría la cancelación del sujeto que comprende. Sin embargo, es preciso adquirir conciencia de ellos para poder controlarlos y lograr una comprensión correcta desde la cosa misma.

¿Es posible evitar que esas opiniones nos lleven a caer en malentendidos? Así como resulta prácticamente imposible sostener un hábito lingüístico incorrecto sin que se haga evidente su incorrección en virtud de la forma en que afecta la totalidad del sentido, también es imposible aferrarse a las propias opiniones previas cuando se trata de comprender la opinión de un interlocutor o de un texto. Quien desea comprender un texto debe estar dispuesto a escucharlo, a adoptar una actitud de recepción frente a la alteridad.

El concepto de un conocimiento libre de todo prejuicio (la ciencia) nacido de la Ilustración resulta refutado por inviable: para Gadamer, toda existencia humana se encuentra condicionada en algún sentido y, en consecuencia, la idea de una razón absoluta no es una posibilidad real de la humanidad histórica. Como dijimos antes, el círculo de la comprensión en Schleiermacher se refería a una relación formal entre lo individual y el todo, así como a su reflejo subjetivo, la anticipación intuitiva del todo y su explicación subsiguiente en lo individual. La comprensión culminaba en un acto adivinatorio por el cual el intérprete penetraba la subjetividad del autor. Sin embargo, en Heidegger, la comprensión está determinada por la anticipación a cargo de la precomprensión. El círculo no se concibe ya como metodológico, sino que más bien describe la comprensión misma como un movimiento en que se interpenetran tradición e intérprete: el proyecto de sentido que guía la comprensión no es un acto de la subjetividad individual sino que nace de la comunidad que nos une con la tradición, comunidad que se construye en forma permanente.

Lenguaje y hermenéutica

Toda conversación tiende a la constitución de un lenguaje común; no lo presupone sino que se orienta a su consecución. El acuerdo en la cosa, objetivo de la conversación, implica que necesariamente se generará en el intercambio ese lenguaje común que surgirá de la comunidad. No se trata aquí de imponer puntos de vista ni de someterse a ellos, sino de la construcción de un consenso, de una transformación de los interlocutores que culminará en que el yo y el tú pasen a ser nosotros. Comprender lo que el otro dice no significa ponerse en el lugar de otro y reproducir sus vivencias (Dilthey), sino más bien lograr el acuerdo en la cosa misma. Este proceso es claramente lingüístico, ya que el lenguaje es el medio en que se realizan tanto el acuerdo al que procuran llegar los interlocutores cuanto el consenso al que arriban en torno a la cosa.

De manera similar, en la comprensión de un texto, lo que se produce no es una "reconstrucción del momento originario". El análisis del acto de traducir desde una lengua extranjera, por consistir en una situación en la que se dificulta el logro del acuerdo, hace evidente las condiciones en que se realiza todo acuerdo. Por mucho que un traductor se esfuerce por recrear el proceso original de escritura, la traducción será la recepción del texto realizada a través de su comprensión de lo dicho. Además, la luz que proyecta sobre el texto la lengua a la cual se lo traduce teñirá la traducción. Habrá una conversión de lo extraño en propio, una revalidación del texto que se producirá al interpretarlo desde el horizonte del traductor. La traducción será verdadera cuando el traductor logre hacer hablar al texto en una lengua que sea la propia pero también la que el original necesita para expresar su sentido. Se genera así un acuerdo entre el derecho de la lengua a la que se traduce y lo extraño del texto, y este acuerdo se corresponde con la reciprocidad del logrado en la conversación. La tarea del traductor no se diferencia cualitativamente de la tarea hermenéutica que plantea cualquier texto.

El texto sólo hablará a través de la otra parte, de su intérprete, quien será el encargado de dotar de la vida del sentido las huellas de la palabra escrita. Esta es una conversación hermenéutica, en la que como en una conversación entre interlocutores deberá llegarse a un acuerdo mediante la elaboración de un lenguaje común, que no será instrumento ni herramienta sino más bien una elaboración que es precisamente el comprender y el alcanzar un acuerdo.

En el proceso que significa dotar de la vida del sentido a la palabra escrita están siempre implicadas las ideas propias de quien interpreta, porque es desde su horizonte que comprende y construye el sentido. Ese horizonte no es fijo e inamovible, sino posibilidad puesta en juego frente al texto y único camino para apropiarse de la verdad contenida en él. Ésta es la *fusión de horizontes* en la que un tema resulta expresado no como cosa del autor o mía, sino de ambos.

El horizonte de sentido de la comprensión

En Gadamer, lo escrito es habla extrañada, lenguaje elevado a su máxima abstracción que debe ser reconducido al habla y al sentido. La comprensión no puede ser sino es en palabras y en ese aspecto toda comprensión es interpretación. Para expresar la referencia que un texto hace a un contenido objetivo debemos traducirlo a nuestra propia lengua, es decir, ponerla en relación con todas las referencias posibles que integran nuestro conocimiento del mundo.

El historiador que pretende comprender su objeto de estudio sobre la base de los conceptos propios de la época que pretende comprender está negando lo único que puede hacerle posible esa comprensión: los propios conceptos. Pensar históricamente implica siempre una mediación; pretender actuar de otra forma sería absurdo puesto que negaría la esencia de la comprensión. Si se ha de alcanzar un acuerdo, ese acuerdo sólo podrá lograrse en la medida que se aporten los conceptos propios para que lo que el texto refiere se haga lenguaje común. No hay interpretaciones correctas en sí, sino que habrá una para cada situación hermenéutica, a la cual se verá obligada a someterse. Comprender un texto significa ponerlo en relación con nosotros mismos y ser conscientes de que aun cuando las interpretaciones sean diferentes, el texto es uno y el mismo que se nos muestra como distinto.

Conclusiones

La reflexión acerca de nuestra práctica, iluminada por la lectura de *Verdad y Método*, nos permite formular las conclusiones que siguen:

• Una traducción no es más que un acuerdo nacido del diálogo que todo traductor establece con su texto. En ese acuerdo, no prevalece lo extraño sobre lo propio, y tampoco ocurre lo contrario, sino que se produce una fusión, una superación que los contiene.

• A través del diálogo que nace de la fusión de horizontes, se construye el sentido en un permanente juego entre el todo y las partes, con la guía de nuestra precomprensión del texto basada en los pre-juicios. Esa construcción jamás se agota: siempre es posible una nueva lectura.

• Una traducción siempre será histórica y finita, una de las tantas que puede dar un texto determinado, verdadera para su tiempo y circunstancias, a condición de que el compromiso asumido por el traductor sea sincero.

• Cada traductor comprende desde su situación histórica, como miembro de una comunidad, con su propia conciencia histórico-efectual. Si asume frente al texto un verdadero compromiso hermenéutico, profundo y sincero, y pone su conciencia por completo al servicio de la comprensión para escuchar lo que el texto tenga para decir, sin sustraerse al diálogo, su lectura –y en consecuencia, su traducción– serán fieles al texto y a la sociedad a la cual ese traductor pertenece, sin servilismos a la letra, con libertad para decir en la propia lengua.

• La traducción funde, inserta realidades en nuevas interpretaciones lingüísticas del mundo. La experiencia hermenéutica surge como el medio que le proporciona a la razón la posibilidad de elevarse por encima de las barreras de la particularidad lingüística.

Bibliografía

DILTHEY, W., *Introducción a las Ciencias del Espíritu*, Madrid, Alianza, 1980.
GADAMER, H.G., *Verdad y Método*, vol. I y II, Salamanca, Sígueme, 1992.
SCHLEIERMACHER, F., "On the Different Methods of Translating" en R. Schulte y J. Biguenet (ed.), *Theories of Translation*, Chicago, The University of Chicago Press, Ltd., 1992.
SCHUSTER, F., "Hermenéutica y ciencias sociales", en *El oficio de investigador* (varios autores), Rosario, Homo Sapiens, 1995.